

Rafael María Baralt y la filología semítica en España

*Luis Vivanco Saavedra**

RESUMEN

Este texto trata sobre la labor de Rafael María Baralt como lexicógrafo autor del *Diccionario matriz de la lengua castellana*. Esta obra le llevó a realizar una investigación que implicó su acercamiento a la filología semítica. Aunque no era experto en ésta, su trabajo, que hurgó en lo profundo con erudición, al ser publicado contribuyó a despertar la curiosidad en España y América sobre la abundancia y consistencia de los aportes semíticos en la formación de la lengua castellana, y estimuló la subsiguiente investigación en dicho campo, contribuyendo así al cultivo de la filología semítica en las culturas hispánicas.

PALABRAS CLAVE: Rafael María Baralt, *Diccionario matriz de la lengua castellana*, filología semítica en España y Latinoamérica.

* Filósofo. Profesor de la Escuela de Filosofía de la Universidad del Zulia. luisvivanco saavedra@gmail.com

Rafael María Baralt and Semitic Philology in Spain

ABSTRACT

This text deals with the work of Rafael María Baralt as a lexicographical author of the *Diccionario matriz de la lengua castellana* (Original Dictionary of the Castilian Language). This book implied research which put him in touch with Semitic philology. Though he was no expert in this field, his work, which delved deeply and eruditely, when published, contributed to awakening curiosity in Spain and America on the abundance and consistency of the Semitic legacy in forming the Spanish language, and encouraged further investigations in that field, contributing thus to the cultivation of Semitic philology in Hispanic cultures.

KEY WORDS: Rafael María Baralt, *Diccionario matriz de la lengua castellana*, Semitic philology in Spain and Latin America.

Introducción

Las líneas que siguen constituyen un breve comentario sobre la actividad de Rafael María Baralt (1810-1860) como estudioso de la filología semítica. La parte de su obra donde se evidencia dicha investigación es en su *Diccionario matriz de la Lengua Castellana*. En esta obra, Baralt (1963: 739) examinó no menos de 315 palabras, dando su significado, así como estableciendo el origen de la misma, pues el propósito del diccionario que escribía era el de “escribir un diccionario fundado en la etimología”, característica ésta que para él era la “única racional y metódica base que cabe dar a los trabajos de esta especie” (Baralt, 1963: 740). A él no se le ocultaba el carácter original, ambicioso, y hasta audaz de la obra que pensaba acometer, y que él consideraba de singular utilidad, por ser

... una empresa nueva entre nosotros, poco común entre naciones más adelantadas que la nuestra en el cultivo de la lingüística; extraordinaria por su magnitud e importancia, y por su contenido no sólo utilísima al común de las gentes, sino en muchos conceptos necesaria a los doctos e indispensable a la enseñanza pública, ya sea ésta elemental, ya secundaria; empresa que confusamente vislumbrada por algunos humanistas, desempeñada de un modo incompleto por los más

célebres lexicógrafos que conocemos y reputada por muchos imposible... (Baralt, 1963: 738-739)¹.

Parecía, en efecto, una tarea muy *cuesta arriba* en esa época el componer una obra como la que ambicionaba Baralt. Y para comprender un poco el por qué ello era aún más difícil en España que en otras naciones europeas, conviene mirar un poco el estado de los estudios filológicos, y sobre todo, de los de filología semítica que existían allí en ese entonces. Las siguientes líneas trazarán una breve reseña de la evolución de esos estudios en España.

1. La filología semítica en el mundo hispanoamericano

Los estudios de filología semítica en España, y más en Latinoamérica, fueron siempre un área exótica, fuera del interés general, cuando no ya desdeñada, aún en medios académicos. Constituían no sólo ejercicios difíciles, sin mayor referencia a la cultura hispánica, o con mucha menor relación a ella que los estudios de griego o latín. Además, seguía arraigado un fuerte prejuicio antisemítico –que alcanzaba tanto a los “moros” (descendientes de árabes y beréberes) como a judíos– y que por ende afectaba tanto a los estudios de lengua hebrea como a los de la lengua árabe, por no decir ya de otras lenguas semíticas mucho menos estudiadas, como el siríaco-araméico, el caldaico y demás pertenecientes a pueblos “sarracenos”. Este prejuicio venía de las corrientes religiosas y sociales antijudías y anti-musulmanas que, aunque existieron durante toda la edad media, eran entonces minoritarias frente a una situación de convivencia multicultural, apoyado por gobernantes cristianos como musulmanes. La conquista árabe de toda la península duró siete años (la conquista romana plena tardó más de doscientos años) y la reconquista duró casi ochocientos años. Du-

1 Con respecto a lo que afirma en el trozo, Baralt suministra abundantes citas a pie de página donde da cuenta del estado del arte en cuanto a los más avanzados diccionarios generales y técnicos y los otros ámbitos de la lexicografía de su tiempo. Al respecto, nos dice allí que “Diccionarios matrices, semejantes al que ofrecemos, sólo existen, que sepamos, los alemanos de Eichhoff y Mesnar, y el inglés de Robertson: todos ellos modernos y menos completos que el nuestro, como se puede ver comparándolos” (Baralt, 1963: 738).

rante ese largo tiempo, hubo que buscar formas de convivencia más eficaces y prácticas que la guerra. Así, España llegó a estar constituida como un conjunto de comunidades políticas diferentes entre las cuales era más común la coexistencia pacífica y las expansiones de poder por otros medios que los de la guerra. Pero esta situación cambió con la búsqueda de la consolidación de un Estado unido y centralizado, en el siglo XV, y las corrientes antes mencionadas, basadas más que todo en un sentimiento religioso pero con alcances sociales y políticos, y que excluían la presencia y avenencia de grupos religiosos diferentes a la mayoría, vendrían a ser predominantes en la España del siglo XVI, apoyadas por políticas expresas del Estado y la iglesia. Todo ello se materializó en efectos sociales prácticos como muchos famosos *Autos de fe*, en que fueron quemados, escarnecidos o supliciados abundantes individuos de las comunidades judías y moras que aún quedaban en la península, así como destruidos sus libros y símbolos de su cultura.

El ápice de este odio furibundo hacia estos descendientes españoles de esos pueblos orientales fue cuando se expulsó de España a cientos de miles de cada comunidad, muchos de los cuales partieron a un destino incierto de muerte o esclavitud.² La contemporaneidad a menudo ha condenado estas medidas, pero en su tiempo fueron vistas como beneficiosas no sólo por casi todo el resto de los españoles³, sino también por hombres del resto de Europa.⁴

-
- 2 La última expulsión masiva, la de los *moriscos* (descendientes de musulmanes árabes y bereberes), fue en 1609, decretada por Felipe III. Se calcula que salieron de España alrededor de seiscientos mil personas, muchas de las cuales perecieron antes de alcanzar refugio. Ya más de un siglo antes de eso había tenido lugar la también masiva expulsión de los judíos (que alcanzó, según algunos estudiosos, entre cuatrocientos cincuenta mil a medio millón de personas), que ocurrió a comienzos de 1492.
 - 3 Hombres como Quevedo, Cervantes, Lope de Vega y otros vieron favorablemente estas medidas intolerantes. Solo algunos eclesiásticos trataron de mitigar el rigor de tales acciones con una actitud compasiva, pero su número fue exiguo y su acción muy aislada.
 - 4 La Europa, y sobre todo la Europa protestante, era muy crítica de la España de los siglos XVI y XVII, y mucho de la *Leyenda negra* que se tejió sobre el gobierno y el talante de los españoles se forjó en la imaginación de escritores del resto de Europa, a veces con poca exageración, pero otras veces con peregrina

Con tales antecedentes, no tiene mayor misterio que haya existido tal desinterés en España hacia el estudio de su legado oriental árabe y judío. La predilección de los estudios filológicos fue mucho más hacia el latín, lo cual es muy comprensible, no sólo por ser el castellano una lengua romance y por haber sido el latín durante siglos la lengua internacional culta y científica, sino también por el hecho de ser España cuna de célebres escritores latinos. De hecho, uno de los primeros léxicos de esa lengua fue el *Vocabulario español-latino* de Antonio Martínez de Cala, mejor conocido como Elio Antonio de Nebrija (1444-1522), quien como se recordará, también fue el autor de la primera gramática castellana (la primera de una lengua moderna) en 1492.

Y sin embargo, vale la pena destacar, ya desde la edad media y el Renacimiento, ciertos hechos que, a pesar de la difícil convivencia de una España multiétnica, daban signos de un reconocimiento del otro, del diferente, que se concretaba en un interés sincero y comprometido por su cultura. Ya en la edad media, la labor de traducción, de textos en árabe al latín y al hebreo, y la difusión de conocimientos que con ella se realizaba –en medicina, matemática, filosófica y otras ciencias– dio por resultado obras como la *Biblia Políglota Complutense*, gigantesco esfuerzo de erudición, que consistió en la edición de las Sagradas Escrituras en varias lenguas.⁵ Ya antes de eso, en 1505, en España se imprimía el primer diccionario de la lengua árabe editado en Europa, titulado *El Vocabulista arábigo en letra castellana*, de Fray Pedro de Alcalá, de la orden de san Jerónimo.⁶ Si añadimos a esto que en España se había podido producir la primera tra-

imaginación. Sin embargo, lo que más criticaba el resto de Europa era la intolerancia española hacia los cristianos que pensaban diferentes, y no veía mayor problema en la discriminación y persecución de judíos y musulmanes.

- 5 La *Biblia Políglota* daba varias versiones de los textos sagrados: en griego (con traducción latina moderna y la traducción tradicional de la *Vulgata*), y en hebreo (con una paráfrasis en arameo, traducida asimismo al latín).
- 6 Era un tomo de 530 páginas en 4º, y fue publicado en Granada por el impresor Juan Varela. Dicha obra iba precedida por un *Arte para ligeramente saber la lengua arábigo*, de unas 96 páginas y 38 capítulos. Fray Pedro tomó como modelo para su glosario el diccionario de Nebrija publicado el mismo año que su gramática (1492) y a la información recogida agregó otras palabras más que él recopiló y estudio.

ducción del Corán a una lengua europea moderna, hecha por Juan Andrés, que había sido *cadí* o juez religioso musulmán, y luego se convirtió al cristianismo, tomando inclusive el estado religioso⁷, podemos pensar que España estaba mucho más capacitada que otros países de Europa para iniciar el diálogo y la investigación con la cultura árabe con la cual había convivido por tantos siglos.

Asimismo, a pesar de que autoridades civiles y religiosas, e inclusive individuos particulares destruyeron o quemaron miles de textos árabes y judíos, muchas otras altas personalidades, inclusive en monasterios, universidades y catedrales, se dedicaron a guardar y proteger libros y manuscritos de ambas culturas orientales, a veces con patrocinio o por órdenes de altas autoridades, e inclusive del rey. Por ello, se salvaron miles de documentos en docenas de ciudades españolas.

Pero, por las razones sociales y políticas antes mencionadas, los estudios y traducciones del árabe al castellano y viceversa, así como los textos aljamiados⁸ cesaron tan pronto como dejó de haber vida cultural de los musulmanes y judíos en España; y entre los cristianos, quienes estudiaban hebreo o árabe, que todavía en el siglo XVI eran varias docenas, fueron reduciendo ese número. El interés por conocer e investigar las culturas orientales decayó en España hasta la nulidad en el siglo XVII, y ya para el siglo XVIII, en toda esa centuria, hubo muy pocos estudiosos de filología griega o semítica (hebrea) en ese país, como puede verse en el cuadro 1.

7 Esta primera traducción del Corán al castellano, a pesar de las noticias que certifican sobre la misma, hoy se considera perdida.

8 Llámense textos aljamiados a aquellos que están escritos en lengua romance o castellana antigua, pero no en letras latinas sino en letras árabes. Tenían la costumbre de escribir así los musulmanes españoles y los que tenían ascendencia árabe o bereber, por el hecho de estar familiarizados más con las letras del alifato que con las del alfabeto. En la comunidad judía sucedía algo parecido: se escribían los textos en árabe, pero con letras hebreas (pues ambas lenguas, por estar emparentadas, tienen muchos fonemas en común).

CUADRO 1. Colegiales matriculados en España en los siglos XVI al XIX en estudios de griego y hebreo

	1547	1600	1650	1700	1750	1800	1835
Colegios mayores	52	12	30	37	37	144	-
Colegios oficiales	-	12	21	40	26	-	-
Gramáticos	394	183	80	34	56	-	-
Griego y hebreo	88	-	27	16	-	5	10

La estadística es bastante reveladora: en el siglo XVI, al comienzo del *Siglo de Oro* español, era elevado el número de estudiantes en las carreras de Letras. Pero en las centurias siguientes, ese número se redujo drásticamente, siendo su punto más bajo en el siglo XVIII.

Téngase en cuenta que ese punto de decadencia sucedía en un momento histórico en que alumbraba el iluminismo al resto de Europa, y junto con la apertura científica y el nacimiento del deseo de conocer los legados de las culturas de extremo oriente –China, India, y otros pueblos– surgió también en los demás países del viejo continente el interés por estudiar el legado árabe.

Tal interés se concretó en el nacimiento de diversos grupos de estudiosos en Inglaterra, Alemania, Francia y en las academias de Roma, que se dedicaron a investigar textos árabes de autores pretéritos. Tales textos era difícil conseguirlos en las academias y universidades de esos lugares, y por eso los traían con cierta dificultad del cercano oriente, mientras que las bibliotecas, monasterios y universidades de España atesoraban miles de documentos en árabe y hebreo que se agostaban en el olvido y la falta de interés por parte de los intelectuales españoles. Sucedió entonces que muchos estudiosos y eruditos de Inglaterra, Alemania, Francia y otras naciones empezaron a venir a España a buscar e investigar manuscritos árabes u hebreos de los cuales los mismos españoles se desinteresaban, a pesar de que pertenecían a una de las naciones europeas que más pudo enriquecerse y contribuir a la cultura del continente con los aportes del cercano oriente. Pero no veían ni la conveniencia ni la necesidad de investigar esas raíces de su pasado.

Los estudios orientales en España, y específicamente los estudios de filología semítica, vendrían a tomar más cuerpo y escuela ya de la segunda mitad del siglo XIX en adelante. Mucho del interés de esos primeros tiempos era desde el punto de vista del temario literario: los escritores españoles del siglo XIX buscaban, en el legado antiguo de moros y judíos, relatos que pudieran refundir de una manera más contemporánea. Por ello, el trabajo lexicográfico de Baralt, hecho en 1850⁹, cuando recién estaba iniciándose el interés de la cultura española en los estudios de filología semítica, representa un hito muy importante en el desarrollo de esta ciencia, tanto en España como en el resto de América hispanohablante. Ya para entonces, por la influencia del positivismo y otras corrientes del pensamiento moderno, así como por un mayor ambiente de tolerancia civilizada, fue más sencillo superar los sentimientos descritos en párrafos anteriores y empezar a descubrir e investigar todo ese rico legado oriental en la cultura hispánica, y que se evidenciaba, entre otras cosas, en la misma lengua castellana, tal como se evidenciaría en los textos del *Diccionario matriz de la lengua castellana* de Baralt.

2. La obra de Baralt

Nuestro autor mismo, en el *Prospecto* de su obra, daba detallada cuenta de sus antecesores y precursores en la tarea de la elaboración de un diccionario, como él lo conceptúa, matriz, con énfasis en el aspecto etimológico. Pero sólo había podido encontrar con tales características muy pocos textos, entre los cuales destacaba el *Panlético* de Juan Peñalver¹⁰.

El plan de la obra que emprendió Baralt consistía en organizar el léxico castellano en un reducido número de palabras iniciales o raíces, de las

9 El *Diccionario matriz de la lengua castellana*, tal como leemos en fuentes consultadas, fue viendo la luz por entregas en una publicación madrileña efectuada durante el año 1850. Como luego se indica arriba, fueron estas publicaciones periódicas las que ganaron para Baralt la justa fama y estimación de lo más ilustrados representantes de las luces españolas, quienes le acogieron en su seno como uno más de ellos.

10 Juan Peñalver publicó en 1842 su *Panlético*. *Diccionario universal de la lengua española*.

cuales se derivarían virtualmente el resto de las otras palabras de la lengua. La tarea inicial sería la de determinar cuáles eran las voces que funcionaban a modo de raíces o madres de las palabras derivadas. Quería empezar, como lo dice en el *Prospecto* de la obra:

... fundando en una rigurosa etimología comparada el ordenamiento de las partes constitutivas de la lengua castellana, y la filiación de los derivados y compuestos sucesivos de sus matrices, y analizar una a una las ramas, digamos de este árbol inmenso que en días más prósperos cubrió con su sombra dilatados imperios, que hoy mismo vive en muchos, varios y apartados climas, y que puede, andando el tiempo, reunir en derredor de su robusto tronco numerosísimas naciones. (Baralt, 1963: 739).

Así, pudiendo establecerse cuales eran esas voces madres o matrices (y de allí el nombre de *diccionario matriz* que lleva la obra) y remitiendo al sentido original de éstas la noción de sus palabras derivadas, podría conocerse mejor el significado de las palabras. Ello ayudaría a la precisión y perfección de la lengua, y por ende, a que ella fuera un lazo de cohesión entre las naciones hispánicas.

Y si bien Baralt (1963: 739-740) quería “escribir un diccionario fundado en la etimología como en la única racional y metódica base que cabe dar a los trabajos de esta especie”, no se quedaba en este propósito de sólo “limitarse a indagar la progenie inmediata de las voces”. Para él era inaceptable la idea de que “un diccionario por más copioso que se le suponga, puede ser tal como completo y perfecto si únicamente se ciñe a comprobar el origen más cercano del idioma vivo”, y al respecto exponía el objetivo principal de su obra: “nos proponemos hacer una matriz que, en lo posible, suba a las fuentes más remotas de la lengua y venga a ser al modo de un tumbo donde se reúnan y conserven los títulos de su nacimiento, los comprobantes de su historia, su genealogía y sus alianzas” (Baralt, 1963: 740). Es decir, nuestro autor quería llegar a las fuentes mismas originales de las palabras, remontándose seguramente al más remoto pasado en la medida de lo posible. Pareciera estar sugerida la presencia de una cierta inquietud filosófica en todo este esfuerzo filológico: podríamos preguntarnos si ese afán de encontrar los orígenes primigenios de las palabras y sus significados no estaría guiado o aliado al menos al deseo de saber como pasaron las cosas del mundo a vertirse y convertirse en palabras,

y por qué se doblaron en las palabras que son, y qué hay en una palabra que remite a un origen más allá de nuestros siglos y nuestros espacios, a tierras remotas y eras lejanas.

En el fondo ¿No es esta tarea una versión o una vertiente más del esfuerzo humano por saber qué somos y cómo hemos llegado a ser lo que somos? Es un encomiable esfuerzo y afán, sin duda, pero es posible que los resultados, aún habiéndolos abundantes y no poco satisfactorios, no cerrarían el problema, no *explicarían todo* lo que somos. Seguramente aclararían puntos importantes, pero el problema del ser del hombre no es dilucidable, y por eso el pensar acerca del mismo es inagotable.

Volviendo a nuestro autor, podría resumirse su intención en este diccionario en un objetivo principal: el de dar un orden y una organización sistemática a la lengua; y si bien no se le ocultaba que era esta una tarea sumamente difícil, seguía siendo muy necesaria y útil, en su consideración. Reconocía que no se trataba de un intento nuevo y que era una

... empresa que confusamente vislumbrada por algunos humanistas, desempeñada de un modo incompleto por los más célebres lexicógrafos que conocemos y reputada por muchos imposible, consiste en dar al diccionario empírico de una lengua secundaria y bastarda la forma lógica que hasta hoy tan sólo han tenido los vocabularios de las lenguas primitivas y sintéticas (Baralt, 1963: 738-739).

Sumábanse a estos propósitos, el objetivo de contribuir a la divulgación del conocimiento de la lengua. Ciertamente, el diccionario no tenía como finalidad aparente la de ahondar en la investigación filológica, pero tampoco se trataba de pasar de largo ante ésta. Su obra quería que los lectores tuvieran acceso al recurso etimológico como básico y principal para entender los significados de las palabras y cómo y por qué se derivan unas de otras. En este sentido, su diccionario muestra una amplitud y unos alcances que, aunque hoy ya son más comunes, no lo eran en su época. Representa *una tentativa de explicación sobre cómo unas palabras originan otras, y como se caracterizan y se relacionan las ideas de unas palabras derivadas con las ideas presentes en la palabra matriz que les dio existencia*. Así, esta obra de Baralt quiere no sólo dar el significado de las palabras, sino por qué significan lo que significan y cómo su significado y su forma se han derivado de esas voces raíces que él lista.

Los muchos propósitos que, como vemos, tuvo Baralt al plantear esta obra, quizá conspiraron contra la culminación de la misma. Ella quedó inacabada, pero lo que pudo publicarse de la misma apareció, en su momento, como algo de tal calidad y alcance, que influyó decisivamente no sólo en una mayor estimación hacia el autor zuliano entre los más altos círculos intelectuales españoles, sino que además influyó muy favorablemente para su admisión como Miembro de la Real Academia Española, siendo así este nativo de Maracaibo el primer americano que formó parte del número de esa alta institución.

Ahora bien, nos interesa aquí especialmente la parte de esta obra de Baralt en que él trató sobre los vocablos semíticos, sobre todo los árabes, que son allí etimológicamente los más abundantes. La razón de ello no tiene, a nuestro juicio, mayor misterio: de las 315 palabras que Baralt examina, casi un 70% corresponden a palabras que empiezan por la letra A, y como es sabido, muchas de tales palabras (especialmente las que comienzan con la sílaba *al*) son de origen árabe. Baralt estableció 56 etimologías, y distinguió 30 matrices y 259 derivados y compuestos de ellas, así como 26 voces de origen conocido, pero, como él las denomina, 'infecundas' (es decir, que no fueron como las voces matrices: que dieron origen a otras palabras). De las treinta matrices, unas veintidós (es decir, un 70% de las examinadas) son de origen árabe. Ello puede colegirse de la revisión de la lista de matrices que él nos da en su obra:

CUADRO 2

Abenuz	Adobe	Alcalá	Alfaraz	Algezar	Alodio
Abra	Adoptar	Alcatara	Alfareme	Alhaja	Amar
Acequia	Ajarafe	Alcorán	Alfil	Alhaxix	Amáraco
Adela	Ajuar	Alcoba	Algaida	Almajanech	Amargo
Adobar	Alamín	Aldea	Algalia	Almiraj	Atahona

Ciertamente, se trata, en varias de ellas, de palabras no muy comunes ya en nuestra lengua. Muchas han caído en desuso. Pero el punto es que ellas han dado origen a múltiples otros vocablos, aunque su raíz haya quedado olvidada. Baralt dice en el *Prospecto* de su obra, que no seguirá

un orden estrictamente alfabético, sino que ira sumando las raíces, y luego irá dando de cada una sus derivados.¹¹

De algunas de estas voces, las que son de origen árabe, por ejemplo, el autor no se detiene en esa procedencia, sino que va a buscar su raíz en otras lenguas. Por ejemplo, en la palabra matriz "Abenuz", traza su origen hasta la palabra árabe y la hebrea de la cual nos habría venido ese vocablo, pero luego va hasta las palabras griega y latina, que habrían dado origen a la palabra árabe, y más allá de aquellas dos lenguas, va a trazar el origen de ese término en los vocablos egipcios *bo* y *noun*, de los cuales nos habría venido ese vocablo "Abenuz", que es otro nombre del "Ébano" (Baralt considera a aquella palabra como aún a esta última, e incluirá entre los derivados de "Abenuz" a palabras como "ebanista", "ebanistería", "ebanificar", etc.).

Por otro lado, aparecen en la obra a veces ciertas relaciones confusas con respecto a algunos términos. Por ejemplo, la palabra "abra" (ensena-da, abertura entre dos montañas) Baralt la da como de origen árabe, derivada a su vez de una palabra hebrea, y sigue trazando las relaciones de esos significados con otros relacionados en las diversas etimologías: pasaje, valle, vado, garganta de montes, "de donde vienen las significaciones de puente y tránsito", y luego nos dice:

Tal es el origen de *havra*, que se dijo en L.B. [latín bajo]; *havaire*, *havreure*, *havrure*, en F. ant. [francés antiguo] y en P. [Provenzal]; *aber*, *havre*, *haff*, *haven*, en algunas lenguas y dialectos, ya célticos, ya teutónicos. Y es tan antiguo este vocablo en España, que de él verosímilmente proceden las terminaciones de nombres geográficos *abro*, *abri*, *abria* que los griegos y los romanos trocaron en *brica* y *briga*, aco-

11 También proceden así los diccionarios árabes: dan el origen de la palabra, y luego lo siguen de las voces derivadas de esa primera. Por ejemplo, muchas palabras que comienzan en *m* o verbos que comienza en *t*, hay que buscarlos en la raíz, que suele comenzar con otra letra. Como si en español las palabras "encartado" o "encerrado" o el verbo "sobrestimar" hubiese que buscarlos en "carta", "cerrado" y "estimar", respectivamente. De hecho, en este sentido de una búsqueda *por los orígenes del término y por las ideas que de él se derivan* es por donde va el *Diccionario matriz* de Baralt, cuyo fin es no sólo explicar que significan las palabras, sino por qué significan lo que significan.

modando al carácter e inflexiones de sus respectivas lenguas los nombres de muchas poblaciones célticas que hallaron en las Galias, en la Gran Bretaña y en la Celtiberia. Lo cierto es que las poblaciones en cuyo nombre entraba esta dicción tuvieron algún puente famoso, y por consecuencia se hallaban próximas a un río; ni lo es menos que de ella proceden el *briva* que aún subsiste en Francia, el *bridge* de los ingleses y el *brucke* [=Brücke] de los alemanes, que todos expresan la misma idea de puente. (Baralt, 1963: 751).

En resumen, las palabras europeas que refiere allí Baralt se habrían originado de esa palabra hebrea antigua. Ello parece muy dudoso, como lo es esa posibilidad del acercamiento de la lengua hebrea a las occidentales. Ciertamente, elementos semíticos los hubo desde muy antiguo en la península ibérica, pero no hebreos ni árabes precisamente, sino fenicios y cartagineses, y si bien dejaron algunos nombres y palabras, no parece seguro basar ese significado de las voces célticas y germánicas en la lengua hebrea o aún en lenguas semíticas anteriores. Ello, no porque estas lenguas no sean antiguas, que lo son y mucho, sino porque no existió tal relación o influencia en ese pasado remoto como para que dicha palabra pasara de esas a estas otras culturas de Europa.¹² Y en esto es conveniente ceñirse a los aportes de la geografía y la historia. Hasta donde sabemos, si bien los estudios contemporáneos confirman *los significados* que anota Baralt, no concuerdan con estas relaciones etimológicas.¹³

Sin embargo, el principio que utiliza Baralt para trazar etimologías era común en su tiempo, y consistía en adscribir el origen de una palabra a una lengua más antigua. Ciertamente, ello puede ser posible, y lo es en muchos casos, pero no en todos. Por ejemplo, Baralt hace derivarse algunas voces árabes del hebreo, pero hoy sabemos que aquella lengua no ne-

12 Sobre la improbabilidad de este tipo de parentescos lingüísticos, ver: DE SAUSSURE, Ferdinand (1945). *Curso de lingüística general*. Traducción, prólogo y notas de Amado Alonso. Buenos Aires: Editorial Losada.

13 Hay, ciertamente, palabras en las lenguas europeas –románicas o germánicas– que se derivan de vocablos hebreos, pero son muy pocas y se refieren precisa y predominantemente a conceptos religiosos y otros más específicos referidos a lo bíblico. Baralt mismo da algunas en su obra (por ejemplo, “Abel” y “amen”), pero no las refiere como *matrices*.

cesariamente deriva sus vocablos de esta última. Ambas, así como el arameo-siríaco¹⁴, provienen de una lengua semítica antecesora, de la cual también derivaron, más cercanamente a ella, algunas lenguas antiguas ya extintas, como el elamita, el asirio, el acadio y el babilónico (en otros tiempos apodado “caldeo” o “caldaico”). A nuestro juicio, es un error (pero como ya se ha dicho, bastante corriente en la época de Baralt) buscar la raíz de los términos árabes en el hebreo.¹⁵ El árabe y el hebreo presentan gran similitud en muchas de sus palabras. Pero aún cuando coinciden algunos significados o etimologías de palabras entre ambas lenguas, ello no necesariamente quiere decir que el árabe tomó del hebreo. Es más posible y frecuente que ambas lenguas hayan tomado sus raíces y significados de lengua o lenguas antecesoras. Ello sucedería porque ambas son apenas dos entre varias otras lenguas semíticas que parecen haberse derivado de una lengua protosemítica extinta, pero que tendría que haberse originado en el sur de la península arábiga, en la zona hoy ocupada por los Yemenes.¹⁶

Y ya con respecto a la lengua árabe, hasta donde podemos ver, la obra de Baralt muestra conocimientos de la misma y de muchas de sus características, como lo son las *formas* que toman las distintas variantes de los verbos en ese idioma,¹⁷ el modo en que en ella se derivan vocablos de pa-

14 El arameo-siríaco fue la *lingua franca* del cercano oriente desde varios siglos antes de Cristo, hasta prácticamente el siglo VIII y IX, cuando la diseminación de los árabes por esa región hizo de su lengua la común de todos los habitantes de esa parte del mundo.

15 Como también lo sería considerar, como lo hace Baralt (1963: 751), voz “hebreo” que las lenguas fenicia y púnica se derivarían del hebreo rabínico (una de las tres divisiones de ésta lengua que él, siguiendo a otros, anota aquí. Las otras dos divisiones son: el hebreo antiguo o bíblico y el hebreo de la cautividad postbabilónica).

16 Esta lengua protosemítica vendría a ser como un caso equivalente de la lengua indoeuropea, que dio origen a distintas lenguas antiguas de Europa, pero que también se extinguió. Hoy sabemos que inclusive en el hebreo bíblico hay abundantes palabras, nombres e ideas que tienen su origen en otros pueblos semíticos de medio oriente, y especialmente, de Mesopotamia.

17 Los verbos en la lengua árabe (en su forma trilateral) pueden tener hasta quince formas derivadas, las cuales extienden o modifican el significado de la forma de la raíz de verbo, lo cual da muchos matices exactos en su significación.

labras que son como raíces o paradigmas de ellos, y la familiaridad que muestra al exponer la gran cantidad de ideas que expresan algunas de las palabras árabes, lo cual permite verterlas en otras lenguas en distintas voces. No es menos notable que el texto de Baralt incluye las palabras árabes y hebreas en sus propios alfabetos (cosa difícil y cara para la tipografía de esa época, al menos en España) con cuidadosa y atinada transcripción en letras latinas, a veces inclusive dando transcripciones alternas, lo cual en árabe es muy conveniente, pues las palabras pueden pronunciarse de variadas maneras, debido al fenómeno de la imela.¹⁸

Conclusiones

La obra particular aquí comentada de Baralt, como ya se ha dicho, fue en principio recibida con curiosidad, y, a medida que se sumaban las entregas de la misma a la imprenta, con un creciente entusiasmo. Fue una desgracia que su autor, muerto una década después de su publicación, y aún sin haber cumplido cincuenta años, no hubiera podido completar este magno proyecto. Pero el entusiasmo que sembró impulsaría no sólo las investigaciones lexicográficas sino también el interés por el estudio de la filo-

Esta característica es común en las lenguas semíticas, pero en la árabe llega a su máxima extensión. La forma raigal es llamada “el verbo desnudo” (*al-filul-arrad*), y las formas derivadas (llamadas *mazd*) son clasificadas –en las gramática árabes occidentales– de manera ordinal. Los principiantes en el estudio de esa lengua, y en general los que la manejan corrientemente, utilizan generalmente hasta la forma X. Las formas XI a la XV son raras, y son manejadas más por eruditos y especialistas. Los verbos cuadriláteros –que también son poco comunes– tienen también tres formas derivadas más.

18 La imela es un “fenómeno fonético de algunos dialectos árabes, antiguos y modernos, consistente en que el sonido *a*, generalmente cuando es largo, se pronuncia en determinadas circunstancias como *e* o *i*. Existió en el árabe hablado de la España musulmana.” (DRAE, 1965: 731) Anotada esta referencia, conviene añadir que hemos podido notar también que la imela se puede dar de manera reversible, cambiando sonidos de *i*, y *u* e inclusive e en *a* o en otras vocales diferentes a la original, y ello es frecuentísimo en el habla de los árabes, inclusive cuando hablan en castellano u otros idiomas. Por ejemplo, hemos podido oír frecuentemente, en vez de “muchacho”, “hermano”, “querido”, y “mijito” (= “*mi hijito*”), *machacho*, *harmano* (con hache aspirada), *majito* y *quirido*.

logía semítica. Y es que no debe ser desdeñada la trascendencia de todas aquellas obras que contribuyeron a difundir la importancia y el valor de esa presencia de las raíces semíticas y específicamente árabes en nuestra lengua. Encontramos que, tras la segunda mitad del siglo XIX, se reiniciarían dichos estudios con pie firme en España. Ello se consolidó mucho más en el siglo XX, con la fundación de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y de Granada (1932), y luego en 1939 con la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC, y de la Escuela de Estudios Árabes de esa institución, y entidades como el Instituto Miguel Asín Palacios, el Instituto "Arias Montano" de Estudios Árabes y Hebraicos, y otras.

Hoy, España es una de las naciones más adelantadas del orbe en cuanto a estudios de filología árabe, así como en la traducción de documentos y textos antiguos en esa lengua, y en estudios de filología en general. Es importante destacar que en el renacer de tal actividad intelectual estuvo presente, con su contribución, este eximio autor zuliano y maracaibero que fue Rafael María Baralt. Lamentablemente, ello está lejos de suceder en nuestra América, y sobre todo de Venezuela. En Congresos que hemos podido asistir sobre cuestiones de pensamiento oriental, filosofía árabe y cultura islámica y judía, mientras que asisten puñados de investigadores de España, Estados Unidos, Francia, Italia, Suiza, Alemania y algunas otras naciones europeas, nuestra presencia ha sido la única no sólo por Venezuela sino por la de todo el continente hispanoamericano. El ejemplo de Baralt, que emprendió estudios relacionados con las áreas filológicas, y en los que tuvo que tratar con temas de filología semítica en una época mucho más difícil que la nuestra, no sólo para la investigación, sino sobre todo para realizarla desde nuestro continente, debe estimularnos a buscar con perseverancia el ejercicio de esta labor de investigación. Una labor que para nosotros, por el cercano nexo histórico que tenemos con los pueblos del próximo oriente, debe ser tarea mucho más acuciosa y pertinente que para los investigadores de otras naciones cuya relación histórica con las culturas semíticas es mucho más lejana. Pero el pasado hebreo, y sobre todo el pasado árabe, siguen estando presentes en nuestra cultura en más de un rasgo, y no menor entre ellos es este rasgo de la presencia de esas palabras matrices que nos enseñó Baralt en su valiosa obra.

Referencias

- Arellano, S.J. (1977). Fernando: *Historia de la lingüística*. Tomo II. Bajo el signo del estructuralismo. De Saussure a Chomsky. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Arias Solís, Francisco: "Rafael María Baralt: La primera voz americana en la academia de la lengua", nota consultada en la página web http://www.li-ceus.com/cgi-bin/ac/pu/Francisco_Arias_Baralt.asp
- Álvarez De Morales, Camilo: *Historia de la Escuela de Estudios Árabes*. Consultado en la página web <http://www.eea.csic.es/index.php> el día 19 de febrero de 2009.
- Auvert, Rodolfo (1959). "Rafael María Baralt". En: *Revista de la Universidad del Zulia*, Vol. 2, No. 8, diciembre de 1959. Maracaibo: Universidad del Zulia, Revista consultada en la página http://www.serbi.luz.edu.ve/scielo.php?pid=SLUZ000001959012000018&script=sci_arttext.
- Baralt, Rafael María (1963). "Prospecto" al *Diccionario matriz de la Lengua Castellana*. En: *Obras completas*. Tomo III. Estudios Filológicos. Maracaibo: Edición de la Universidad del Zulia.
- Catalina Del Amo, Severo, y Rodríguez Rubí, Tomás (1861). *Discursos leídos ante la Real Academia Española el día 25 de marzo de 1861*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de don Luis García. Consultado en la página web: <http://google.com/>
- Cruz Hernández, Miguel (1992). "Los estudios islomológicos en España en los siglos XIX y XX". En: *Actas del VII Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- De Saussure, Ferdinand (1945). *Curso de lingüística general*. Traducción, prólogo y notas de Amado Alonso. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Diccionario de la Real Academia Española, 1965.
- Fernández Ocando, Evaristo (1959). "Rafael María Baralt, figura prominente de las letras zulianas", artículo publicado en *Revista de la Universidad del Zulia*, Vol. 2, No. 8, diciembre de 1959. Maracaibo: Universidad del Zulia. Consultado en la página web: <http://www.analitica.com/BIBLIO/baralt/diccionario.asp>
- Grases, Pedro (1944). "Don Rufino José Cuervo, conjunción de tres filólogos venezolanos". En: *Anales del Instituto Pedagógico Nacional*, Caracas, diciembre 1944, No 92. Págs. 185-206. Consultado en la página web <http://www.mipunto.com/venezuelavirtual/000/000/004/062.html>

Monlau, Pedro Felipe (1856). *Diccionario etimológico de la lengua castellana. Precedido de unos Rudimentos de Etimología*. Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra. Consultado en la página web: <http://books.google.com>, el día 16 de febrero de 2009.

Osorio T., Nelson. *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX. Prólogo de José Carlos Rovira. Obra consultada en la página web* <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12482119103214206300080/p0000001.htm>

Universidad Complutense de Madrid: *De la edad media al III milenio*. Editorial complutense, ISBN:8474916836, consultado el 18 de febrero de 2009 en la página web <http://www.casadellibro.com/home> y también la página web titulada www.editorialcomplutense.com/ecsa.html&